

APROXIMACIÓN A UN CONCEPTO “ESENCIAL” DEL POPULISMO

HÉCTOR HURTADO GROOSCORS¹

Recibido: Abril de 2011

Aceptado: Mayo de 2011

Resumen

El siguiente trabajo pretende demostrar que el fenómeno populista ha estado caracterizado por la escasa precisión y rigurosidad conceptual. Históricamente ha estado vinculado a una forma de liderazgo político y a gobiernos que han puesto en marcha políticas económicas de diversa índole. Esto ha generado numerosas confusiones porque, dependiendo del tiempo histórico, se encuentran gobiernos con políticas económicas distribucionistas (populismos clásicos), o políticas de desregularización y disminución de cargas impositivas (neopopulismos). Por esta razón se propone la construcción de una definición esencial que considere al populismo como un fenómeno eminentemente político, una lógica política donde el líder articule un discurso que apele al pueblo como principal unidad referencial estableciendo relaciones con poca mediación institucional entre éste y sus seguidores.

Palabras claves: Populismo, pueblo, discurso populista, identidades políticas, populismo clásico, neopopulismo, populismo de izquierda.

1 MsC en Ciencia Política Universidad Simón Bolívar (2009), Sociólogo Universidad Católica Andrés Bello (2003), Coordinador de la especialidad de Sociología de la Escuela de Ciencias Sociales (UCAB). Profesor de las cátedras Sociología General y Sociología Política en las Escuelas de Ciencias Sociales y Comunicación Social (UCAB) y Teoría Sociológica en la Escuela de Estudios Liberales (UNIMET) e-mail: hectorhurtadog@gmail.com, hhurtado@ucab.edu.ve

Approach to a concept of “essential” of populism

Abstract

The following paper aims to demonstrate that the populist phenomenon has been characterized by the lack of conceptual precision and rigor. Historically it has been linked to a form of political leadership and governments that have implemented a variety of economic policies. This has generated much confusion because, depending on historical time, are governments with a economic distribution (classical populism) or policies of deregulation and reduced tax burdens (neopopulism). For this reason, we propose the construction of an essential definition that considers the populism as eminently political, a political logic which the leader articulates a discourse that appeals to people as a main reference unit, building relationships with little institutional mediation between him and his followers. Key words: populism, people, populist discourse, political identities, classical populism, leftist populism.

Approche d'un concept “essentiel” du populisme

Résumé

Le document qui suit vise à démontrer que le phénomène populiste a été caractérisé par le manque de précision et rigueur conceptuelle. Historiquement, il a été lié à une forme de leadership politique et aux gouvernements qui ont mis en œuvre des politiques économiques bien différentes. Cela a généré beaucoup de confusion parce que, selon le temps historique, on y trouve des gouvernements avec une politique économique *distributionniste* (populisme classique), ou avec des politiques de déréglementation et de réduction des charges fiscales (neopopulistes). Pour cette raison, nous proposons la construction d'une définition essentielle qui considère le populisme comme un phénomène éminemment politique, une logique politique où le leader articule un discours qui fait appelle au peuple comment unité de référence principale, en établissant de relations avec une faible médiation institutionnelle entre lui et ses adeptes.

Mots-clés: populisme, peuple, discours populiste, identités politique, populisme classique, neopopulisme, populisme de gauche.

INTRODUCCIÓN

Proponer una definición del populismo no es labor que pueda resolverse en unas pocas líneas. Las ciencias sociales en general, específicamente la sociología y la politología, están llenas de ejemplos de las distintas aproximaciones y conceptualizaciones asignadas al término, las cuales pueden llegar a ser contradictorias, pero que terminan

siendo un claro esfuerzo por entender la complejidad del fenómeno populista². Tal ha sido la polisemia de conceptos que pretenden dar razón del mismo, que al final terminan refiriéndose a hechos o fenómenos que no tienen mayor relación con el propio populismo.

Siguiendo esta argumentación, Rey (1998) considera que la definición del populismo ha sido muy confusa. En este sentido afirma que:

La dificultad aumenta por la diversidad de valores que se asocian al término, pues mientras para algunos el populismo representa un movimiento genuinamente latinoamericano, original, capaz de movilizar e integrar grandes masas y la única fuerza política transformadora viable en nuestros países, para otros es, por el contrario, un movimiento demagógico, oportunista, manipulativo, corrupto, retórico e ineficaz (p. 118).

Por esta razón, este trabajo plantea como principal objetivo, partiendo de una revisión de la literatura específica sobre el tema, presentar aquellas características básicas que definen y hacen al populismo un fenómeno específico. Primero se presentará una aproximación de carácter temporal, en la que, según el momento en el que se haya pretendido su conceptualización, puede hablarse de populismo clásico, neopopulismo (o populismo de derecha) y populismo de izquierda. Se parte de la idea de que esta aproximación genera confusiones a la hora de definir el fenómeno, por esto, el presente artículo plantea como segundo objetivo auscultar el fenómeno populista desde su esencialidad, lo que llevará a construir conceptualizaciones del mismo desde una perspectiva específica, en este caso como un fenómeno eminentemente político.

Guevara (1997) sostiene que es necesario trabajar conceptualizaciones esenciales para abordar fenómenos dúctiles y polimorfos en sus significados, que han estado cargados de prejuicios e ingredientes afectivos. Este es el caso de términos como Estado, democracia y, más específicamente, populismo. Como señala el autor "lo esencial de un objeto, lo que le confiere su especificidad y lo distingue de otros objetos, es aquello sin lo cual ese objeto deja de ser lo que es para transformarse en algo diferente" (p. 1).

2 Ionescu y Gellner (1970) organizaron un ciclo de conferencias en la London School of Economics entre el 19 y 21 de mayo de 1967 para intentar definir el populismo como fenómeno, afirmando que "no puede haber duda alguna respecto de la importancia del populismo, pero en cambio nadie sabe exactamente qué es" (p. 7), es decir, plantean la pregunta de si existe realmente un fenómeno que pueda corresponderse con ese nombre -populismo-. Por esta razón, el objetivo del encuentro estuvo centrado en "aclarar las vertientes principales de un concepto que durante el siglo pasado, y aún más en el presente, ha cumplido un papel crucial de lo que se supone habitualmente en la formación de la mentalidad política" (p. 11). Las ponencias presentadas en el ciclo formaron parte del indispensable libro para el estudio del tema: Ionescu, Ghita y Ernest Gellner (comp). Populismo. Sus significados y características nacionales, Amorrortu Editores.

Así pues, se espera que al final el lector pueda contar con una aproximación esencial del fenómeno populista, todo con el firme propósito de comprender un concepto tan debatido y polémico, dándole rigurosidad conceptual y científica.

EL POPULISMO DESDE UNA PERSPECTIVA TEMPORAL

A continuación se exponen algunos de los principales esfuerzos por alcanzar una definición del populismo desde una perspectiva temporal o cronológica, entendiéndolo como un fenómeno y un concepto que ha ido cambiando en el tiempo, asumiendo características económicas, sociales y políticas bien específicas.

EL POPULISMO CLÁSICO (1930-1980)

Latinoamérica puede considerarse la región por antonomasia donde irrumpió el fenómeno populista a mediados del siglo XX. En Di Tella (1973) se encuentra uno de los primeros esfuerzos por definir al populismo en lo que ya se consideraría su vertiente clásica. El autor resalta la crisis experimentada por los países latinoamericanos una vez concluida la Primera Guerra Mundial, asociada al desgaste del modelo económico de exportación de materias primas puesto en marcha a finales del siglo XIX y principios del XX, que beneficiaba a las oligarquías de sus respectivos países. Sí bien este modelo permitió una leve modernización en lo económico, en el plano político fue incapaz de incorporar a nuevos sectores profesionales e intelectuales que veían con cierto descontento las limitaciones impuestas por el orden oligárquico, lo que resultó en la *incongruencia de status* de estos nuevos grupos sociales³. Los grupos incongruentes encontraron en las masas movilizadas y disponibles un aliado importante para cumplir con sus objetivos de cambiar el orden de las cosas, el *statu-quo*, lo que se materializó en una alianza sumamente diversa en su composición interna, lo que llevó a resaltar su carácter *policlasista*.

La irrupción de esta alianza diversa es lo que permite hablar de *populismo*, conceptualizado por el autor como “un movimiento político con fuerte apoyo popular, con la participación de sectores de clases no obreras con importantes influencia en el partido, y sustentados de una ideología anti-*statu quo*” (p.47). En este sentido, el populismo vendría a ser un fenómeno anclado en los siguientes aspectos: “1) Una élite ubicada en

3 Como bien señala el autor (Di Tella, 1973), la *incongruencia de status* está asociada al abismo que se produce “entre las aspiraciones y las satisfacciones en la esfera ocupacional, en particular por las personas educadas (...) aristócratas empobrecidos, comerciantes nuevos ricos que no son aún aceptados en los círculos más elevados, minorías étnicas, todos añaden posibilidades para la creación de este tipo de individuos y grupos” (pp. 42-43).

los niveles medios o altos de la estratificación y provista de motivaciones anti-statu quo; 2) Una masa movilizada formada como resultado de la ‘revolución de las aspiraciones’; 3) Una ideología o un estado emocional difundido que favorezca la comunicación entre líderes y seguidores y cree un entusiasmo colectivo” (Di Tella 1973: 48).

Por su parte, Malloy (1977), afirma que la irrupción del fenómeno en los países latinoamericanos durante la décadas que van de los 30 a los 60 se debió a la crisis del modelo económico imperante a principios del siglo XX, sustentado en la exportación de materias primas hacia los países industrializados para comprar luego los productos confeccionados con las mismas⁴. El *populismo* remite a una amplia gama de movimientos políticos en la región que rechazaron los lineamientos del “liberalismo económico” abrazando un sentimiento nacionalista que buscaba el desarrollo económico del país desde su seno interno. Esta estrategia sería conocida como “sustitución de importaciones” o “crecimiento hacia adentro” y fue promovida principalmente por la CEPAL.

Así pues, el *populismo* se convirtió en la principal estrategia para impulsar el cambio político que anhelaban los sectores medios de la sociedad, por lo que buscaron construir *coaliciones multiclassistas* lo suficientemente sólidas como para acceder al poder y lograr el control del aparato estatal, para así poner en marcha programas sociales y económicos que coadyuvaran a la concreción de cambios estructurales, es decir, que permitieran la transformación del *establishment* al que estos sectores se oponían⁵. Destacan entre la amplia gama de *populismos* que emergieron en la región los liderazgos personalistas de Perón en Argentina y Vargas en Brasil, constructores ellos de movimientos e ideologías políticas desde espacios propios del orden político –ambos eran militares de profesión que fueron formados por el régimen *oligárquico* al que luego combatieron fervientemente- hasta partidos políticos de oposición ampliamente estructurados como el APRA en Perú, AD en Venezuela y el MNR boliviano, abocados a la tarea de construir ideologías coherentes que dotaran de contenido a sus posturas *anti statu-quo*.

Según Malloy (1977), los *populismos* de la región latinoamericana tuvieron como finalidad explícita lo siguiente:

- a. Alcanzar la independencia económica ante las potencias internacionales, de ahí el acento *antiimperialista* de su retórica.
- b. Superar las estructuras locales de carácter semi-feudal, a través de la reforma agraria y la industrialización, para liberar a la población de la dominación *oligárquica*, lo que impactaría significativamente en el desarrollo del país.

4 Esta observación también es desarrollada por Di Tella (1973) en sus trabajos.

5 Malloy (1977) señala los liderazgos carismáticos de Perón en Argentina y Vargas en Brasil, así como las gestiones de los partidos APRA en Perú, AD en Venezuela y el MNR en Bolivia, como algunas de las principales experiencias populistas en la región latinoamericana.

- c. Promover *justicia social* para todos los sectores de la nación, es decir, para el “pueblo” como un todo.

La institución central que tomaban en cuenta los líderes y los movimientos *populistas* para impulsar la transformación de la sociedad era el Estado. Por esto una de las principales metas de las *alianzas policlasistas* consistía en el acceso al poder político-institucional, es decir, acceder al Estado –por vías democráticas o por golpes militares *de facto*–, para tener control de los recursos nacionales y así promover la inversión local y una distribución equitativa de la riqueza (Malloy 1977: 11).

Otro estudioso del tema que no puede ser obviado es Germani (1978), quien considera el *populismo* como un movimiento *policlasista* que incorpora elementos tan disímiles como el reclamo por la *igualdad* en materia de derechos políticos y la participación universal de la *gente común*, del “pueblo”, acompañado por cierta forma de autoritarismo que la mayoría de las veces se canaliza a través de un liderazgo carismático. Además, incluye demandas de carácter “socialista”, como en el caso de la “justicia social”, una defensa de la pequeña propiedad, fuertes componentes nacionalistas y antiimperialistas, así como la negación de la importancia de la clase, omitiendo la interpretación marxista de la “lucha de clases” como motor fundamental del desarrollo de las sociedades. Esto va acompañado de la afirmación de los derechos de la *gente común* como enfrentados a los grupos de interés privilegiados, el *statu quo*, generalmente contrarios al “pueblo” y la nación.

Por su parte, Rey (1998) destaca que el fenómeno irrumpe en América Latina para promover cambios sociales. A pesar de tener claro una de las principales labores que cumplía el *populismo* en la región, este autor afirma que su definición es compleja debido a las distintas aproximaciones con las que se ha tratado el concepto. Así, para unos es un movimiento que promueve el cambio social, mientras que para otros es simplemente un modo de hacer política profundamente deshonesto.

Para éste el fenómeno del *populismo* puede entenderse como un fenómeno de índole social, política y económica que promovió cambios en la región o como un movimiento meramente manipulativo y/o acomodaticio que trajo más problemas que soluciones para los países latinoamericanos que experimentaron el fenómeno *populista*.

Los partidos o movimientos políticos populistas latinoamericanos se caracterizan, ante todo, por constituir una coalición de clases y grupos sociales heterogéneos; son esencialmente de carácter policlasista. La creación y mantenimiento de tal tipo de coalición puede obedecer a dos tipos de necesidades que, eventualmente entran en contradicción: 1) la de una reorganización del orden sociopolítico existente, mediante la movilización de masas hasta entonces pasivas y su integración a la nación tanto desde el punto de vista de su participación política como económica y social, (...) desarrollará una cultura política que trate de servir de base a un nuevo sistema de lealtades valiéndose frecuentemente de un liderazgo carismático y mediante la sólida unión emocional frente

a un enemigo común (“el imperialismo”, “las oligarquías”, etc.). 2) La conservación y legitimación de un orden socio-político, mediante el reconocimiento de la diversidad de intereses que abarca y el compromiso, la conciliación y la transacción entre ellos, (...) tenderá a desarrollar una cultura política con énfasis en la acomodación de tipo utilitario (Rey, ídem. p. 118)⁶.

Partiendo desde una postura estrictamente económica, Dornsbusch y Edwards (1992) se concentran en el estudio de la macroeconomía de los programas *populistas* para entender la vulnerabilidad extrema y la desestabilización económica de los países latinoamericanos que siguieron esta lógica⁷. Los aportes de Drake (1982) resaltan que “el objetivo central de la redistribución es la parte central del paradigma” (p. 17), así los programas *populistas* están motivados por reformas sociales a gran escala.

Desde esta perspectiva, puede decirse que los populismos clásicos mostraron profundas limitaciones y distorsiones. En este sentido, Kaufman y Stallings (1992) afirman que el *populismo* supone un conjunto de políticas económicas que tiene como objetivo alcanzar el apoyo del sector obrero y empresarial en las principales ciudades, anulando la influencia de los tradicionales sectores de poder. Para lograr este objetivo, apelaron a las siguientes estrategias:

i) movilizar el apoyo de los trabajadores organizados y algunos grupos de la clase media baja; ii) obtener un apoyo complementario de las empresas orientadas hacia el mercado interno; y iii) el aislamiento político de la oligarquía rural, las empresas extranjeras y las élites industriales de grandes productores nacionales. Las políticas económicas para alcanzar estas medidas incluyen, pero no se limitan a: i) los déficit

6 Al igual que Di Tella (1973), Rey (1998) considera el fenómeno *populista* clásico sólo desde la esfera de socio-política, al delimitarlo a los movimientos y partidos políticos que irrumpen en la vida política de los países de la región, en particular cuando se dan tres condiciones:

1. Un proceso de intensa movilización social que coadyuva a la disolución de los nexos o vinculaciones tradicionales interpersonales (conflictos internos en el *statu-quo*) por un lado, y que crea una masa desarraigada y disponible para incorporarse en nuevas organizaciones sociales y contraer nuevas lealtades.
2. Una situación de exclusión o limitación en la participación política, social y económica de grandes masas que se producen en un sistema de corte “oligárquico”. Estos mecanismos pueden ser jurídicos (ciudadanía limitada) o fácticos. También pueden darse exclusiones de carácter económico (campesinos sin tierras, obreros subempleados o subpagados) y social (estratificación social de carácter estamental, derivando privilegios por el origen familiar).
3. La aparición de sectores medios en los principales centros urbanos, por lo general intelectuales y profesionales que padecen de *incongruencia de status* (pp. 120-121).

7 Dornsbusch y Edwards (1992) fungen como compiladores de una serie de investigaciones que abordaron el estudio de la macroeconomía del *populismo* latinoamericano, las cuales fueron recogidas en el libro *Macroeconomía del populismo en la América Latina*. Los países trabajados fueron: Argentina, Brasil, Chile, México, Perú, Nicaragua y Colombia.

presupuestarios para estimular la deuda interna; aumentos de los salarios nominales con controles de precios para lograr una redistribución del ingreso; y iii) el control o la apreciación del tipo de cambio para reducir la inflación y aumentar los salarios y los beneficios en los sectores de bienes que no intervienen en el comercio internacional (p. 25)⁸.

Las políticas económicas aplicadas por estos gobiernos tuvieron como consecuencia un crecimiento abrumador del sector gubernamental respecto al sector privado, la generalización de la corrupción de maneras diversas en todos los ámbitos de la sociedad, incluidas la evasión fiscal, los crecientes déficit presupuestarios que coadyuvaron en la dependencia frente al ahorro externo, la sustitución de importaciones y sus restricciones comerciales promovieron la dependencia frente al capital extranjero, y por último, el sesgo urbano con el que estaban orientadas estas políticas y su respectiva asignación de recursos produjo un aumento de la pobreza en los sectores rurales.

La política de sustitución de importaciones, en parte promovida por CEPAL, como respuesta a la crisis económica de los años treinta y a las perturbaciones de la Segunda Guerra Mundial, fue una de las características fundamentales del *populismo* clásico. La misma partía de la idea de que los mecanismos del mercado eran insuficientes para alcanzar la industrialización, por lo que la presencia del Estado en la esfera económica debía incrementarse y así poder corregir estas “fallas”.

El particular manejo de la economía por parte de los gobiernos *populistas* –sobre todo su programa de desarrollo bandera como lo fue el de “sustitución de importaciones”– sustentado, como se ha visto hasta el momento, sobre políticas de corte redistributivo, con un claro esfuerzo por promover la expansión del consumo interno y manejadas con una ausencia de criterios de viabilidad y sostenibilidad en el tiempo, estaba destinada al fracaso. El proteccionismo no elevó la productividad real para crear una base de grandes incrementos de los salarios urbanos, ni las recaudaciones fiscales crecieron como para financiar el subsidio del proceso de industrialización por parte del gobierno. Se sobrestimó la inelasticidad de la oferta⁹ en el sector agrícola y el de las

8 Los autores hacen su análisis a partir de los gobiernos *populistas*, es decir, de aquellos partidos políticos o líderes que pudieron alcanzar el poder político de manera efectiva. Además, las características de las alianzas descritas previamente excluyen a lo que se podría considerar *populismos* de “derecha” y aquellos con un fuerte enfoque rural. Por esta razón, quedan descartadas las políticas aisladas de algunos movimientos considerados como *populistas*, centrándose exclusivamente en las versiones latinoamericanas del siglo XX, tanto las clásicas como las de reciente data.

9 La elasticidad de la oferta “es la variación porcentual que experimenta la cantidad ofrecida de un bien cuando varía su precio en un 1%, manteniéndose constantes todos los demás factores que afectan a la cantidad ofrecida (...) cuanto más elástica es la oferta, más fácil resulta para los vendedores elevar la producción para beneficiarse de una subida del precio y mayor es el aumento (porcentual) de la cantidad ofrecida en respuesta a cualquier subida (porcentual)

exportaciones: no pasó mucho tiempo sin que los tipos de cambio sobrevaluados y los controles de precios provocaran el estancamiento en esos sectores. La alienación del capital extranjero agudizó los problemas. En ausencia de un gran auge de los precios de las exportaciones, el populismo clásico se autodestruyó rápidamente (ídem. p. 62).

Las políticas económicas de corte redistributivo propias de los gobiernos *populistas* clásicos fueron llamativas para un nuevo grupo de políticos latinoamericanos¹⁰ por razones demagógicas, debido al éxito político que podía desprenderse de un discurso "inflacionario" que apelara a las expectativas de la población.

Esta irrupción se produjo en gran medida por las perturbaciones que experimentó el comercio internacional luego de la Primera Guerra Mundial, la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial. Así pues, el orden social que promovía el Estado tradicional (u oligárquico) afrontó sendas crisis no solo coyunturales sino también estructurales, lo que mermó considerablemente su legitimidad. Bajo este panorama, el *populismo* respondió con una política de industrialización acelerada, programas económicos de crecimiento que buscaron expandir la demanda y el consumo interno ("sustitución de importaciones"), reconocimiento de derechos ciudadanos a los trabajadores y demás sectores excluidos del sistema político, etc.

En esta variante del populismo, sus líderes apelaban a un sector específico de la sociedad, la naciente clase trabajadora conformada por los obreros industriales y los campesinos que habían migrado a las principales ciudades en busca de mejores oportunidades¹¹. El contenido programático de los mismos, con claras inspiraciones socialistas "conducían principalmente a promover la industria y el bienestar urbano por un Estado capitalista. Recurrían a los dirigentes renegados de la élite y a la cooperación de los industriales, los intelectuales y la clase media" (Drake, 1992: 52). En esta fase los *populistas* "movilizaron, legalizaron e incorporaron a ciertos grupos de clase baja antes marginados (...) mientras que continuaron excluyendo a otros (en particular a los campesinos) (...) tuvieron gran éxito cuando las etapas de crecimiento generaron superávit temporales luego de algunos períodos de recesión y austeridad" (p. 52).

dada del precio" (Fischer, Dornbusch, Schmalensee, 1989: 113). Esta situación "ideal" que describen los autores para considerar una oferta "perfectamente" elástica no se produjo en los gobiernos *populistas* latinoamericanos. De ahí que se hable de una inelasticidad de la oferta, en particular la del sector agrícola, que fue uno de los que sufrió más daños como parte de las políticas económicas redistributivas implementadas por estos gobiernos.

10 El más emblemático de estos líderes de la región fue el candidato del APRA Alan García, quien asumió el poder, por primera vez, en 1985 gracias a una serie de promesas sociales, económicas y políticas "inflacionarias" manejadas en su campaña presidencial, las cuales eran sumamente difíciles de concretar en el corto plazo (Cardoso y Helwege, 1992).

11 Juan Domingo Perón en Argentina, Getulio Vargas en Brasil, y Rómulo Betancourt en Venezuela son algunos de los ejemplos de liderazgos característicos del *populismo* clásico.

EL NEOPOPULISMO (O POPULISMO DE DERECHA) (1980-2000)

A mediados de los años ochenta, se empieza a hablar del resurgimiento del *populismo* en Latinoamérica cuyas raíces se encuentran en el desempeño de los gobiernos dictatoriales asumidos por el estamento militar que plagaron la región durante las décadas de 1970 y 1980. Las dictaduras militares latinoamericanas tomaron el poder por la vía del golpe de Estado como respuesta a las políticas “incorporadoras” de los gobiernos *populistas* clásicos, que, en su momento, apelaron a la expansión de la ciudadanía y al reconocimiento como sujetos de derechos y deberes de diversos sectores de la sociedad, que habían sido represados de la vida civil, económica y política en los países de la región.

Con la restricción de la participación de las masas en la vida política, las dictaduras militares pusieron en marcha una política económica ortodoxa que buscó la estabilización de la economía nacional, la reducción de los índices de inflación, la modernización del sector agrícola e industrial, entre otros aspectos. Este proceso de modernización económica produjo un importante movimiento de migración interna del campo a la ciudad, con las esperanzas de encontrar trabajos bien remunerados en el sector formal de la economía. Sin embargo, el sector industrial apeló a la incorporación de mano de obra calificada, contratando a un porcentaje mínimo de los nuevos migrantes, por lo que la gran mayoría tuvo que buscar en el sector informal su fuente de ingresos para la manutención de sus respectivas familias. Este sector informal se caracterizó por estar marginado de las políticas institucionales del Estado, quedando desprotegidas en lo económico, social y político (Weyland, 1999). Estos cambios socioeconómicos afectaron profundamente las condiciones de vida de los sectores más empobrecidos, lo que se tradujo en un aumento de las desigualdades sociales y una distribución más inequitativa del ingreso nacional.

Con el advenimiento de la democracia en los países de la región latinoamericana en la década de 1980, se revirtió el proceso de desincorporación de los sectores populares de la vida política, promoviendo, como señala Conniff, “la expansión del electorado hasta el punto de saturación (...) puso a la disposición de políticos hábiles grandes contingentes de personas con poca sofisticación” (2003: 32). Además, sumado al pobre desempeño de los nuevos gobiernos democráticos, poco efectivos a la hora de brindarle soluciones a lo que la población consideraba como sus necesidades e intereses, con niveles de inflación altísimos¹² y la urgencia de pago de una deuda externa que pesaba

12 En el primer gobierno de Alan García en Perú, se introdujeron políticas económicas características de los *populismos* clásicos de Latinoamérica, al implementar un plan de sustitución de importaciones, de nacionalizaciones y estatizaciones de la banca y las aseguradoras de mecanismos redistributivos para la mejora del ingreso de los sectores populares, etc. Esto

en la población en general, produjo “un rechazo amplio de la clase política en general, por parte de la clase media y hasta las masas” (idem.).

Surge así un nuevo tipo de populismo, que si bien apelaba en su discurso al “pueblo” y la reivindicación de sus intereses, mostraba grandes diferencias con el populismo clásico por el uso otorgado a los medios radioeléctricos por parte de los líderes *neopopulistas* para mantener el contacto con sus seguidores, a diferencia de los *populistas* clásicos que apelaban a las grandes movilizaciones y concentraciones de masas. Los nuevos líderes, generalmente *outsiders* de la política, apelaron al “pueblo” como lo habían hecho los *populismos* clásicos, dirigiendo sus palabra, usualmente por televisión, evitando así la intervención de organizaciones mediadoras (Conniff, 2003; Panizza, 2000).

Asumieron la postura de figuras nuevas sin los malos hábitos de la corrupción, y atacaron los gobiernos existentes sin tregua (...) eran expertos en las más modernas técnicas de marketing político, especialmente la televisión y las encuestas de opinión pública (Conniff, 2003: 34).

Sobre este punto, Koeneke (2003) señala que los líderes *neopopulistas* “tienden a convertirse en celebridades mediáticas, carecen de vínculos con instituciones políticas tradicionales y logran triunfos electorales inesperados gracias a la resonancia favorable que su imagen pública provoca entre los informales que han ido poblando crecientemente las grandes ciudades latinoamericanas” (pp. 09-10). Además, apelaron a un discurso de enfrentamiento a la corrupción, la mala gestión de los gobiernos anteriores y las tergiversaciones de los partidos políticos a la hora de representar los verdaderos intereses de la población –de ahí la importancia de establecer el vínculo directo con el pueblo. Este estilo de liderazgo propio de los *neopopulismos* también se encuentra en las democracias delegativas¹³, donde sus líderes entendían que debían sanar a la nación de los problemas que padecían (O’Donnell, 2009).

En cuanto al apoyo político obtenido por los distintos sectores de la sociedad, los *neopopulistas* vieron con recelo a los aliados tradicionales del *populismo* de antaño, entre ellos los sindicatos, los empleados de la burocracia estatal, las asociaciones empresariales, entre otras, bajo el alegato de haberse opuesto a las nuevas políticas neoliberales que aquellos venían implementado una vez que accedieron al poder presi-

se tradujo en el decrecimiento de la economía en 8,7% y una inflación que llegó a 1.722% en 1988 (Dornbusch y Edwards, 1992; Koeneke, 2003).

13 El término democracia delegativa fue acuñado por O’Donnell (2009) para referirse a aquellas democracias no consolidadas (institucionalizadas) que irrumpieron durante los 80 y 90 en países que experimentaron transiciones democráticas como Argentina, Perú, Ecuador, Bolivia, los países postcomunistas). Este tipo de democracia parte de la premisa de que quien gobierne puede hacerlo como considere apropiado ya que se cree que el presidente encarna al país, siendo su principal custodio e interprete de sus intereses. Por esto, quien ocupa la primera magistratura se sitúa por encima de los intereses organizados y los partidos políticos (p. 12)

dencial. Esta es la razón principal por la que optaron por establecer relaciones directas o cuasidirectas, sin ningún tipo de mediación institucional con sus seguidores (Panizza, 2000; Conniff, 2003; Weyland 1996, 1999), siendo ésta una de las características en la que llega a haber una clara diferencia con el *populismo* clásico.

Otra característica a destacar es aquella que se relaciona con el discurso al que apelaron los líderes del *neopopulismo*, porque si bien mantuvieron una retórica de enfrentamiento a un “enemigo” que atentaba y atentó contra los intereses del “pueblo” al igual que los líderes del *populismo* clásico, los primeros contrapusieron su discurso no solo a las élites económicas y a la oligarquía en general, sino al *establishment* político como un todo, incluyendo a los partidos políticos, que para los “viejos” *populismos* habían sido un importante aliado para canalizar las demandas y exigencias de la alianza policlasista. Así, la retórica de los nuevos *populismos* era de corte antipolítico y no antioligárquico como en los *populismos* clásicos.

El acento antipolítico otorgado a la actuación de estos nuevos líderes será un elemento característico del *neopopulismo* tanto en América Latina como en Europa. Este nuevo modo de hacer política “se desarrolla en el terreno de la democracia, pero atacando implacablemente a sus protagonistas principales, los partidos” (Mayorga, s/f: 179), e irrumpe como respuesta al descontento con las ejecutorias de los regímenes democráticos en general, particularmente en su pobre actuación a la hora de representar satisfactoriamente los intereses de la ciudadanía y en la incapacidad de frenar la corrupción administrativa. Partiendo de estos elementos los *neopopulistas* construirán su retórica característica, primero ufanándose de ser *outsiders*, es decir, *actores* totalmente ajenos al sistema y a la clase política, y luego justificando la eliminación de instancias intermedias para vincularse directamente con la población¹⁴.

14 Los *neopopulistas*, al tener en la democracia su escenario de actuación, construyeron una plataforma que les permitiera competir en elecciones y así acceder al poder presidencial. En este sentido, conformaron partidos políticos meramente instrumentales, carentes de cualquier ideología y sustentados exclusivamente por el propio carisma de los líderes. El caso más emblemático en este sentido se encuentra en Fujimori en Perú, quien conformó más que un partido político, estrictamente hablando, una plataforma electoral de nombre CAMBIO 90, que le permitió acceder a la presidencia del país. En este sentido, Ellner (2004) señala que “Fujimori no hizo ningún esfuerzo para construir un partido político que le hubiera asegurado (...) una presencia a largo plazo en Perú (...) Un partido político cohesivo hubiera podido organizar e incorporar a los miembros de la clase marginal para convertir la vaga simpatía que tenía hacia Fujimori en un apoyo firme a largo plazo” (p. 31). Quizá un caso distinto, alejado de este panorama, sea el de Menem en Argentina que, como se ha visto, era miembro de uno de los partidos con mayor tradición en el país: el Partido Justicialista. Aunque “Menem no era de ninguna manera alguien ajeno a la política profesional” (Nun, 1998: 62) logró vender la imagen de alguien que venía a “sanear” al sistema político en su conjunto, lo que evidentemente se tradujo en su victoria en las elecciones de 1989.

Sin embargo, la ausencia de mediación institucional en las sociedades contemporáneas es prácticamente imposible. A pesar de presentarse como *outsiders*, unos tuvieron que apelar a la construcción de plataformas electorales para acceder al poder -Fujimori en Perú- otros tuvieron que lidiar con sus propios partidos para poder instrumentalizar sus planes de gobierno -Menem en Argentina y las tensiones con el Partido Justicialista, Le Pen en Francia y el enfrentamiento con su diputado Bruno Megret, lo que concluyó en la división del Frente Nacional, por ejemplo-.

Los líderes *neopopulistas* siguieron apelando al “pueblo” como objetivo central de su retórica, especialmente a través de la televisión como principal canal de transmisión de sus mensajes, evitando así las intermediaciones a las que hace referencia Weyland (1999), para establecer contacto directo con sus seguidores.

Otro elemento diferenciador del neopopulismo con el populismo clásico es el que tiene que ver con la política económica. Aprendiendo de los errores de sus predecesores, dejarían atrás las políticas de corte redistributivo que a la larga tendían a aumentar la inflación y terminaban perjudicando a ese “pueblo” al que apelaban los líderes del *populismo* clásico. Promoverían políticas económicas partidarias de la desregularización y la disminución de cargas impositivas, bajo la creencia de que el mercado por sí solo era capaz de armonizar las relaciones económicas (Betz, 1994; Taggart, 2000). En otras palabras, adoptaron políticas de corte neoliberal fuertemente orientadas al mercado y al repliegue del Estado de diversas esferas económicas que tradicionalmente habían estado bajo su tutelaje.

Tanto en Latinoamérica como en Europa, los líderes *neopopulistas* rechazaron el *Welfare State* y los programas de expansión del gasto público para promover el consumo interno, por lo que apoyaron abiertamente políticas económicas de disciplina fiscal y administración eficiente del gasto público. Así pues, algunos líderes latinoamericanos que lograron triunfar electoralmente como Menem, Collor de Mello y Fujimori, aprovecharon su innegable carisma así como el efecto que producían en la población a través de sus constantes apariciones por los medios radioeléctricos -principalmente la TV- con el fin de imponer un conjunto de políticas económicas de corte liberal, que no eran otra cosa que recetas de recuperación económica en gran parte promovidas por los expertos del FMI, el Banco Mundial, entre otros. Para salir airoso en esta labor, discursivamente apelaron a la necesidad de poner en marcha estas políticas económicas para mejorar las condiciones de vida de la población en general y del “pueblo” en particular.

La unión del *populismo* y el “neoliberalismo” fue posible debido a los bajos niveles de institucionalidad de las nacientes democracias latinoamericanas. En tiempos de campañas, estos líderes emergentes apelaron a estrategias demagógicas donde el “pueblo” era su principal referente, ganando apoyo en las masas y logrando en última instancia el triunfo electoral. Una vez que asumieron funciones de gobierno, estos líderes presionados tanto por las élites de sus respectivos países como por organismos económicos internacionales (FMI), adoptaron políticas económicas propias del libera-

lismo al favorecer el incremento de las imposiciones fiscales, la retracción del Estado de espacios en los que tradicionalmente había tenido una participación protagónica, etc. (Weyland, 1996). En el corto plazo buscarían revertir la situación hiperinflacionaria al reducir la demanda interna, confiscando cuentas bancarias y aminorando el gasto público. Esto se traduciría en una profunda recesión económica que pudo ser sobrellevada por la población en buena medida debido al carisma de estos líderes. En el mediano plazo, pusieron en marcha un modelo de desarrollo neoliberal, reduciendo el tamaño del Estado para darle al libre mercado el protagonismo, abriendo sus fronteras económicas a la inversión e intercambio con el extranjero para así coadyuvar en el mejoramiento de la industrial local (Weyland, 1999).

Puede decirse entonces, que el fenómeno *neopopulista* en general recogería el sentimiento de desencanto con el funcionamiento de la democracia representativa, traduciéndose en una política de carácter anti-institucional que atacó despiadadamente al sistema de partidos, los partidos políticos y sus agendas. Por esta razón se ha afirmado que el *neopopulismo* es, antes que nada, un fenómeno antipolítico debido al rechazo de las principales instituciones y mecanismos para la resolución pacífica de los conflictos sociales puestos en marcha por las democracias contemporáneas (Betz, 1994; Taggart, 2000; Mayorga, s/f).

Circunscribiendo el fenómeno a la región europea, Taggart (2000) considera que es característico, pero no exclusivo, de la Europa occidental. Fue adoptado por un conjunto de partidos políticos de extrema derecha como respuesta al *establishment* político y a los partidos de gobierno tradicional. En este sentido, la variante del populismo europeo de la década de 1990 centró su agenda política en numerosos temas como el rechazo a la Unión Europea como institución supranacional, a los movimientos migratorios internos, un regionalismo étnico y cultural exacerbado, una propuesta contraria a la implementación de mayores políticas impositivas, entre otras.

Esto se habría traducido en un anclaje importante de partidos políticos extremistas -a la derecha del espectro ideológico principalmente- en muchos países de Europa, como el Partido para la Libertad de Jorg Haider en Austria, el Frente Nacional de Jean Marie Le Pen en Francia, o la *Forza Italia* de Silvio Berlusconi en Italia, etc., generando simpatías en buena parte de sus ciudadanos, lo que se ha traducido en volumen importante de votos en algunos procesos electorales de los últimos años, como en el caso francés donde Le Pen disputó las elecciones presidenciales en 2002 contra Jacques Chirac obteniendo 19% de los votos en la segunda vuelta.

El panorama descrito -en América Latina y Europa- permitió la irrupción de nuevos líderes, denominados *outsiders* en la literatura especializada, ufanados por su no pertenencia a la clase política tradicional, que apelaron a un discurso salvacionista e inflacionario en cuanto a sus promesas -propio de los *populismos* clásicos- para alcanzar la presidencia. Una vez en el poder -cuando triunfaron-, pusieron en marcha una serie de políticas propias del neoliberalismo como medidas necesarias para lograr la

estabilización económica de sus países. Esto produjo una curiosa, aunque no irracional, afinidad entre el *neopopulismo* y el neoliberalismo (Weyland, 1996, 1999).

EL POPULISMO DE IZQUIERDA (2000-)

Las políticas de orientación *neoliberal* puestas en marcha por los gobiernos *neopopulistas* parecieran no haber resuelto los principales problemas que denunciaron tan enfáticamente. Al contrario, las desigualdades entre ricos y pobres se hicieron cada vez más grandes y las economías nacionales experimentaron caídas importantes de su PIB, lo que se traduciría en un incremento de los niveles de pobreza (Castañeda, 2006; Roberts, 2007; March, 2007). De esta manera se haría evidente el progresivo descontento hacia el sistema político en general por parte de la población, pero sobre todo, hacia las políticas económicas auspiciadas por el Consenso de Washington y el Banco Mundial. Este conjunto de medidas económicas serían denunciadas por nuevos líderes emergentes de la izquierda del espectro ideológico-político, aludiendo que las mismas fueron la principal causa de la precaria situación padecida por el “pueblo”, al entregar los destinos del país al mandato del “imperialismo”.

El “giro” a la izquierda en América Latina vendría a ser un fenómeno más o menos generalizado en toda la región. Para March (2007: 71) las posibles causas de la irrupción de la izquierda en los últimos años serían:

- a. Desigualdades sociales extremas. Latinoamérica es la región con la más amplia brecha entre ricos y pobres en cuanto a distribución y concentración de ingreso se refiere.
- b. Descontento con las políticas neoliberales fomentadas por el Consenso de Washington, las cuales llegarían a ser percibidas como inefectivas al momento de solucionar los problemas de la población.
- c. La decisión tomada por los sectores de la izquierda para competir en el plano electoral, dejando de lado la tradicional estrategia abstencionista para así optar a cargos de elección popular.
- d. La ausencia o el poco apoyo otorgado a los gobiernos de centro-derecha en las primeras etapas de la transición democrática, en parte por la orientación tecnocrática de muchos de ellos y la ausencia de un discurso con el que se identificaran distintos sectores de la sociedad.
- e. La pérdida del “estigma” que portó la izquierda durante la etapa de la Guerra Fría, lo que llevaría a reconocerla como un actor legítimo en el plano de la acción política.

Por estas razones, en los últimos años se habría producido el ascenso al poder de gobiernos “progresistas” como los de Bachelet en Chile, Vázquez en Uruguay, Lula

en Brasil, Kirchner en Argentina, Correa en Ecuador, Morales en Bolivia y Chávez en Venezuela. Sin embargo, autores como Petkoff (2005) y Castañeda (2006) afirman la existencia de diferencias sustantivas entre estos líderes y sus respectivos gobiernos, por lo que hablarían de la presencia de “dos izquierdas” diferenciadas una de la otra. Por un lado, se tendría una izquierda de carácter reformista, que en principio estuvo arropada bajo la influencia de la revolución soviética y la *Komintern*, y que una vez acaecido el derrumbe del muro de Berlín se ha ido acercando al modelo socialdemócrata de los países escandinavos reconociendo los aciertos de la democracia representativa y del liberalismo filosófico -el estado de Derecho y la separación de poderes son ejemplos claros-; por el otro, una izquierda heredera de la tradición *populista* de Perón y Vargas, recelosa de los mecanismos de representación democrática y propensa al autoritarismo, que tiene como principal referente en la actualidad al gobierno de Fidel Castro en Cuba. Como ejemplos de la primera, estarían los gobiernos de Bachelet, Vázquez y Lula; la segunda estaría representada por los gobiernos de Correa, Morales y Chávez de clara orientación *populista* (Castañeda, 2006).

El ascenso al poder de estos nuevos liderazgos políticos vinculados con un *populismo* de izquierda, no sólo se produciría en los países latinoamericanos, sino también en países europeos, donde la presencia de líderes *populistas* tuvo mayor vinculación con la derecha. Siguiendo la tradición *populista*, estos líderes articularían un discurso y un modo de ver el mundo de carácter dicotómico, separando la realidad en dos grupos enfrentados, el “pueblo” lleno de virtudes y unas “élites corruptas” que se han visto beneficiadas en detrimento de los intereses de aquel. En última instancia, los nuevos líderes que han emergido en el escenario de la política latinoamericana, tal es el caso de Hugo Chávez en Venezuela y Evo Morales en Bolivia, por citar algunos, argumentarían que la política debe ser la expresión de la voluntad general del “pueblo” (March, 2007).

Esta nueva expresión *populista* en la región sería considerada como un *populismo* de izquierda no solamente porque pretende defender los intereses del “pueblo” y oponerse a una supuesta “oligarquía”, sino que además haría particular énfasis en la igualdad social como valor político. Por otra parte, identificaría las desigualdades económicas como parte de un acuerdo establecido entre los miembros del *establishment*. Por esta razón, el discurso del *populismo* de izquierda será profundamente crítico contra el capitalismo y el liberalismo, al ser identificados como las fuentes principales de las situaciones de injusticias en las que vive la mayoría de la población (March, 2007: 66).

Atrás quedarían las referencias a la lucha de clases, propias del análisis marxista, para ser sustituido por el “pueblo” como entidad traicionada por los intereses del “imperialismo” y la “oligarquía” nacional. Roberts (2007) ha señalado que en última instancia, la victoria política de Chávez ha demostrado que un discurso *anti-statu quo* puede orientarse hacia una agenda más radical que opte por cambios socioeconómicos y políticos significativos. Dado el descontento de la población hacia el sistema de-

mocrático en general, un discurso orientado hacia la izquierda podría ser un vehículo factible para el triunfo electoral, como lo ha demostrado la llegada a la presidencia de Morales en Bolivia (Castañeda, 2006).

Sin embargo, la herencia señalada de estos nuevos *populismos* los llevaría a ver con cierto recelo algunos formalismos propios del sistema de gobierno democrático como la representación política, la rendición de cuentas y la separación de poderes. En primer lugar, serían partidarios de establecer relaciones poco mediadas y cuasi-directas con sus seguidores, de ahí la importancia de un líder carismático capaz de aglutinar a través de su discurso a los sectores heterogéneos agrupados en el "pueblo" (Weyland, 1996, 1999, 2001). En segundo lugar, articularían un discurso de carácter confrontacional hacia los Estados Unidos y la hegemonía que representan en el plano internacional. En tercer lugar, serían gobiernos de marcada orientación centralista y personalista, otorgándole primacía a la figura del líder del movimiento (March, 2007). En estos tres aspectos, las semejanzas con los *populismos* clásicos son más que evidentes. Por estas razones, como lo plantean algunos autores a manera de síntesis, para los *populistas* de izquierda la retórica sería más importante que la sustancia, y el hecho de detentar el poder como tal tendría mayor valor que un uso responsable del mismo (Castañeda, 2006).

HACIA LA "ESENCIA" DEL POPULISMO

Como se ha señalado, abordar la conceptualización del populismo desde una perspectiva temporal que involucra variables sociales, políticas y económicas, no es la más adecuada para liberar al concepto de prejuicios y connotaciones ideológicas. Dependiendo del momento en que se desarrolle, se estará en presencia de gobiernos con liderazgos personalizados que apelan al pueblo como entidad referencial básica pero con políticas económicas distintas – por ejemplo, distribucionistas en el caso de los populismos clásicos, neoliberales en el caso de los neopopulismos -. Por esta razón, en este apartado se pretende construir una conceptualización esencial del populismo, partiendo de la hipótesis según la cual la naturaleza del fenómeno es eminentemente política.

Dada la confusión asociada al término, Weyland (1996, 1999, 2001) sugiere evitar su estudio partiendo de perspectivas *económicas*¹⁵, por lo que propone un abordaje

15 La postura asumida por Weyland (1996, 1999, 2001) difiere de la perspectiva de Dornbusch y Edwards (1992). Los últimos abordan el estudio del populismo latinoamericano, a partir de un enfoque macroeconómico con el fin de entender la inestabilidad de las economías de la región. En este sentido, afirman que los regímenes populistas han intentado resolver los problemas de desigualdad del ingreso mediante el uso de políticas macroeconómicas demasiado expansivas. Estas políticas, recurren al financiamiento deficitario, a los controles generalizados y a descuidar los equilibrios económicos básicos, con lo que han conducido casi inevitablemente a grandes crisis macroeconómicas que han acabado por lesionar a los

circunscrito al ámbito de lo *político*, donde resaltan dos tendencias principales: una que entiende el populismo como un *estilo político*, y otra como una *estrategia política*. La primera hace énfasis en los aspectos expresivos y moldeadores (es decir que le dan forma) del fenómeno, en particular su dimensión discursiva y la capacidad que se desprende de ésta con el objeto de crear nuevas identidades políticas; por su parte, la segunda perspectiva se centra en los métodos y herramientas para acceder y ejercer el poder, en otras palabras, el enfoque radica en la *capacidad de poder* demostrada por un líder teniendo en cuenta la base de apoyo de su mandato (2001: 12).

La primera tendencia entiende el *populismo* como un mecanismo que se orienta a la reivindicación del “pueblo” en contraposición de las élites, sean éstas económicas, políticas o culturales. Para lograr esta incorporación de manera efectiva, los líderes populistas recurren a distintos elementos que en la mayoría de los casos suelen apoyarse en el trazado de un límite, una frontera, una referencia tomada de la realidad “que puede ser una alteridad común, o la ruptura con un cierto pasado, el que tiende a constituir un espacio solidario y al mismo tiempo relativamente homogéneo” (Aboy Carlés, 2001: 25) como la que puede surgir al oponer en el plano discursivo al “pueblo” a la “oligarquía”, encarnando ésta última el “enemigo” al que el “pueblo” debe enfrentarse. El uso de referentes opuestos es una característica que está presente en todo *populismo* que, mediante contagios sentimentales e irreflexivos, afirma su insustancialidad ideológica. Por esto Taggart (2000) considera que la noción de “pueblo” puede ser tan flexible y dúctil como sea necesario, lo que no quiere decir que carezca de sentido o significado específico (p. 92).

Siguiendo esta argumentación, Weyland entiende el *populismo* como la habilidad de un líder -un individuo- para ejercer el poder teniendo como base un número significativo de seguidores, por lo que su legitimidad emanaría de una masa que le brinda su apoyo. Por esta razón, las concentraciones, las elecciones, los plebiscitos y los estudios de opinión pública son herramientas fundamentales para que el líder populista pueda llevar adelante su gestión de gobierno. En otras palabras, son los espacios e instrumentos idóneos para demostrar lo que Weyland llama *power capability*, es decir, la capacidad para ejercer el poder de manera efectiva.

Considerar al *populismo* como una *estrategia política* sustentada en un liderazgo personalista, implica que la vinculación entre el líder y la masa se alcanza de forma directa, es decir, sin ningún tipo de intermediación institucional, o en su defecto, una intermediación mínima. Al ser una relación desinstitucionalizada y fluida, la adhesión de los seguidores puede fluctuar de manera considerable en la medida en que el líder sea

segmentos más pobres de la sociedad (1992: 9). Por su parte, Weyland (1996, 1999, 2001) omite toda vinculación con perspectivas económicas para el estudio del *populismo* al afirmar que, sólo debe ser estudiado desde una lógica eminentemente política que establece una relación poco mediada y cuasidirecta entre un líder y sus seguidores.

incapaz de satisfacer sus expectativas. De lo anterior se desprende que para compensar los vaivenes que puedan desprenderse de la desinstitucionalización sobre la que sustenta el apoyo del liderazgo populista, el carisma del líder es de vital importancia. En otras palabras, para el autor el nudo gordiano de la estrategia del populismo radica en el vínculo afectivo y emocional que coadyuve a la conexión entre el liderazgo populista y sus seguidores, lo cual se logra a través del carisma.

Por ello, según Weyland (2001), los líderes populistas tienen como objetivo la demostración de su cercanía con la gente común, con el "pueblo", y si poseen el carisma suficiente podrían lograr que ellos se identifiquen con él. Este proceso de "identificación" se lograría a través de recurrentes movilizaciones de masas, apariciones en los medios radioeléctricos como la televisión y la radio donde el líder se dirige a la gente, a ese "pueblo" que pretende representar, para comunicarles que él experimenta la vida bajo sus mismas condiciones, es decir, él sabe lo que vive el "pueblo" porque lo experimenta a diario. Por esta razón, el núcleo de sus promesas gira en torno a la inclusión de ese sector apartado del juego político convencional, a su defensa contra la "oligarquía", ese enemigo que históricamente ha atentado contra sus intereses, y así transformar el *statu quo* para beneficio de los intereses y objetivos de la mayoría.

A pesar de sustentar su conexión con el "pueblo" sobre la base del carisma, el líder populista debe trascender las fluctuaciones que pueden generarse de este tipo de relación, lo que desemboca en un proceso de "rutinización del carisma", lo que permitiría consolidar el soporte de las masas introduciendo elementos de institucionalización, bien sea a través de relaciones partidistas o clientelares. Por esta razón, los líderes populistas suelen apoyarse en movimientos y partidos políticos que promuevan la canalización de su vinculación con el "pueblo" una vez accedido al poder.

Sobre este aspecto, Weyland es bastante claro al afirmar que el vínculo establecido entre el líder y sus seguidores será de connotaciones populistas en la medida en que el partido tenga bajos niveles de institucionalización para mediar sobre el vínculo establecido. Esto termina por otorgarle al líder las facultades necesarias para manejar la organización de acuerdo a sus intereses, a través de una red clientelar que cumplirá el rol de demostrar la preocupación personal del líder por sus seguidores, siendo el canal efectivo para la resolución de los problemas de la población. Este proceso difiere de la dinámica establecida por gobiernos que se desmarcan de la lógica *populista*, es decir, donde las relaciones son altamente institucionalizadas y la resolución de los problemas de la sociedad depende del diseño y ejecución de una serie de políticas públicas particulares.

Por su parte Laclau (2005) sigue la línea argumentativa presentada hasta ahora, y sostiene que, para alcanzar una conceptualización del fenómeno *populista* que se desmarque de la tendencia histórica que lo ha considerado como algo desdeñable no busca encontrar el verdadero "concepto" del *populismo* sino "mostrar que (...) no tiene ninguna unidad referencial porque no está atribuido a un fenómeno delimitable,

sino a una lógica social cuyos efectos atraviesan una variedad de fenómenos (...) es simplemente, un modo de construir lo político” (p. 11).

El populismo, en sus formas clásicas, presupone una comunidad mayor, por lo que las lógicas equivalenciales van a atravesar grupos sociales nuevos y más heterogéneos. Esta ampliación, sin embargo, va a mostrar más claramente algunos rasgos pertenecientes a esas lógicas que las movilizaciones más restringidas tendían a ocultar. Volvamos así a la distinción entre demandas democráticas y populares (...) Las últimas (...) presuponen, para su constitución, la equivalencia de una pluralidad de demandas (p. 103).

Esto llevará al autor a considerar al *populismo* desde la articulación de demandas populares diversas a través de la lógica de las equivalencias, acción que de ser concretada satisfactoriamente permitiría la irrupción del “pueblo”¹⁶. Por esta razón, Laclau plantea que el mencionado “pueblo” aparecerá sólo cuando pueda plantearse una división contrapuesta y encontrada de dos “bandos” en una sociedad, es decir, requiere de una división dicotómica de la sociedad, donde uno de los bandos pretenda reclamar ser el todo. El bando que pretenda representar la totalidad del campo social es aquel que se identificará como el “pueblo”, y para construir su identidad debería “partir de la equivalencia de una pluralidad de demandas sociales” (p. 110)¹⁷.

16 Para que se produzca la equivalencia de las demandas populares, éstas deben ser literalmente “vaciadas” de sus contenidos particulares para poder articularse en una demanda de carácter global. Es lo que Laclau (2005) ha desarrollado como “significantes vacíos”, y cuando se refiere a ellos afirma que “queremos decir (...) que existe un punto, dentro del sistema de significación, que es constitutivamente irrepresentable; que, en ese sentido, permanece vacío, pero es un vacío que puede ser significado porque es un vacío *dentro* de la significación” (p. 136). Por esta razón considera que el “análisis de las identidades populares como significantes vacíos nos permite mostrar que la alternativa exclusiva plenitud/vacuidad es espuria: como hemos visto, la identidad popular expresa/constituye -a través de la equivalencia de una pluralidad de demandas insatisfechas- la plenitud de la comunidad que es negada y, como tal, permanece inalcanzable; una plenitud vacía, si se quiere” (p. 137).

17 Sobre la distinción entre *demandas democráticas* y *demandas populares*, Laclau dice lo siguiente: “A una demanda que, satisfecha o no, permanece aislada, la denominaremos *demanda democrática*. A la pluralidad de demandas que, a través de su articulación equivalencial, constituye una subjetividad social más amplia, las denominaremos *demandas populares*” (p. 99). Más adelante, este autor señala “tenemos dos formas de construcción de lo social: o bien mediante la afirmación de la particularidad -en nuestro caso, un particularismo de las demandas-, cuyos únicos lazos con otras particularidades son de naturaleza diferencial (como hemos visto: sin términos positivos, solo diferencias), o bien mediante una claudicación parcial de la particularidad, destacando lo que todas las particularidades tienen, equivalentemente, en común. La segunda manera de construcción de lo social implica el trazado de una frontera antagónica; la primera, no. A la primera manera de construcción de lo social la hemos denominado *lógica de la diferencia*, y a la segunda, *lógica de la equivalencia* (...) Una de las precondiciones para el surgimiento del populismo es la expansión de la lógica de la equivalencia a expensas de la lógica de la diferencia” (pp. 103-104).

Siguiendo a este autor, la construcción de esa identidad global sería el objetivo último del *populismo*, que no es otra cosa que la creación de un "pueblo" entendido como esa parcialidad que busca reclamar la representación de la totalidad de una sociedad específica. El "pueblo" (...) es algo menos que la totalidad de los miembros de la comunidad: es un componente parcial que aspira, sin embargo, a ser concebido como la única totalidad legítima. La terminología tradicional -que ha sido traducida al lenguaje común- ya aclara esta diferencia: el pueblo puede ser concebido como *populus* -el cuerpo de todos los ciudadanos-, o como *plebs* -los menos privilegiados- (...). A fin de concebir al "pueblo" del populismo necesitamos algo más: necesitamos una *plebs* que reclame ser el único *populus* legítimo, es decir, una parcialidad que quiera funcionar como la totalidad de la comunidad (2005: 108-109).

En este sentido, Laclau es claro al afirmar que el "pueblo" no será considerado tal hasta que reclame para sí la totalidad de la comunidad que pretende representar, cuestión que se alcanzaría en el momento que se articulen las demandas populares en una "cadena equivalencial", proceso que requiere dejar de lado las particularidades y especificidades de las demandas de los distintos sectores que componen determinada sociedad para poder ser agrupadas "equivalentemente" en un todo que les sea común.

El "pueblo", lejos de tener la naturaleza homogénea que uno atribuiría a actores puros de clase (si éstos son definidos por su localización precisa dentro de las relaciones de producción), es concebido como la articulación de una pluralidad de puntos de ruptura. Tenemos aquí las dos dimensiones que mencionábamos antes: por un lado, el intento de ruptura con el *statu quo*, con el orden institucional precedente; por el otro, el esfuerzo por constituir un orden allí donde había anomia y dislocación¹⁸. Así, la cadena equivalencial juega necesariamente un doble rol: hace posible el surgimiento del particularismo de las demandas y, al mismo tiempo, las subordina a sí misma como una superficie de inscripción necesaria (pp. 155-156).

Se tiene entonces que la lógica del fenómeno *populista* radica en la incorporación de todos aquellos sectores supuestamente excluidos de la sociedad, que no forman parte del llamado *statu quo* o *establishment*. El *populismo* se orientaría a la división deliberada del espacio social en dos campos enfrentados para buscar la reivindicación discursiva del "pueblo", en contraposición de las denunciadas "élites", sean éstas económicas, políticas o culturales (Laclau 2005, 2006). Para lograr esta división del espacio social y la subsiguiente incorporación de los sectores de la sociedad que formarán parte del "pueblo", los líderes *populistas* suelen apoyarse en el trazado de un límite, una frontera,

18 Así pues, se tiene que para Laclau (2005) uno de los elementos fundamentales para la construcción del "pueblo" es la capacidad de oponerse al orden establecido, es decir el *statu-quo*, y la pretensión de construir un nuevo orden social que incorpore a estos "sectores marginados" de la vida pública. En relación con este aspecto, Laclau coincide con los autores "clásicos" que han trabajado el fenómeno *populista*, entre ellos di Tella (1973), Malloy (1977), Rey (1998), entre otros.

una referencia tomada de la realidad “que puede ser una alteridad común, o la ruptura con un cierto pasado, el que tiende a constituir un espacio solidario y al mismo tiempo relativamente homogéneo” (Aboy Carlés, 2001: 25). Algo como lo que puede surgir al oponer, en el plano discursivo, al “pueblo” contra la “oligarquía”, encarnando ésta última el “enemigo” al que el “pueblo” debe enfrentarse. Esta utilización de referentes en oposición es una característica casi siempre existente en todo *populismo* que, mediante contagios sentimentales e irracionales afirma su funcionalidad a la vez que su “vaciedad” ideológica.

La argumentación de Novaro tiende a ser similar a la de Laclau cuando define al “pueblo” como “la agregación (...) de una diversidad bastante amplia de sectores sociales, mayoritaria aunque no exclusivamente subalternos, que venían experimentando una acelerada transformación social y económica, y por lo tanto no estaban claramente diferenciados entre sí, ni estructurados sectorialmente” (Novaro, 1996: 91). En este orden de ideas, para este autor es evidente que lo que buscó y buscaría la lógica *populista* sería la utilización de un discurso que contribuyera en la *dotación de un sentido*, de una *identidad*, a para estos sectores desarticulados por los cambios sociales bruscos o por la negligencia del sistema política para incorporarlos en la dinámica de la sociedad. Según este autor el objetivo estaría centrado en la incorporación a la vida política de “aquellos sectores en ascenso, en el contexto de sistemas institucionales y partidarios que se mostraban incapaces de canalizar ordenadamente, es decir, dentro del orden instituido, dicha incorporación” (p. 91).

El uso del término “pueblo” tiene entonces tres elementos claves que fungen como puntos comunes a las diversas experiencias *populistas*, bien sean latinoamericanas o europeas. En este sentido, el primer elemento que debe señalarse es de orden numérico, ya que el “pueblo” implica una mayoría significativa, entendida como un actor unificado y solidario entre sí, por lo que las diferencias internas de los distintos sectores que lo conforman no son tomadas en cuenta por los *populistas*, que tienen a ver al “pueblo” como un todo (Taggart, 2000). En segundo lugar, se encuentra un elemento desarrollado por Canovan (2004), quien señala que el *populismo* no sólo es el enfrentamiento contra el *establishment*, el *statu quo* y las estructuras de poder sino en el reconocimiento de una fuente de autoridad suprema: el “pueblo”. Por esto los *populistas* alegan hablar por el “pueblo”, representado así al soberano como un todo y no a intereses particulares o a un sector económico. Como tercer elemento clave asociado a la noción de “pueblo” se encuentra el lugar o el territorio en el que habita, lo que se traduce en las constantes menciones a las que apelan los *populistas* sobre la “nación” o la “patria”, es decir, ambas nociones son traídas a la arena política para evocar una comunidad ideal a la que pertenecen los miembros del “pueblo”, que derrocha virtudes y posee un pasado glorioso, de ahí que muchos *populismos* comulguen con el *nacionalismo* (Taggart, 2000)¹⁹.

19 Quizá el mejor ejemplo de *populismo* que explota el elemento territorial, asociado a una

Para identificar a ese “pueblo” al que hace referencia permanente el *populismo* se podría trazar una especie de frontera, de línea divisoria, que permita determinar lo que es “pueblo” de lo que no lo es, es decir, que haga explícita la diferencia entre un “nosotros” de un “ellos”. Esta autora señala que en la retórica clásica de los líderes *populistas* el llamado a “entregarle el poder al pueblo” sienta claramente una división que opone al “pueblo” de los que detentan el poder, es decir, las “élites” o “clases gobernantes”. Sin embargo, considera que abordar el estudio del fenómeno desde esa perspectiva sería sumamente simplista, por lo que habría que abordar minuciosamente las complejidades de la noción del “pueblo” como “soberano” (Canovan, 2004: 249).

En conclusión, el “pueblo”, es el principal referente discursivo y de soporte de la política *populista*. El “pueblo” se definiría como algo menos que la totalidad de los miembros de la comunidad, una parcialidad que busca presentarse como la totalidad legítima (Laclau, 2005). En otras palabras, bajo la lógica *populista* habría una parcialidad social que pretende asumir la identificación del todo, esa parcialidad estaría representada por el “pueblo”, o como señala Laclau “necesitamos una *plebs* que reclame ser el único *populus* legítimo –es decir, una parcialidad que quiera funcionar como la totalidad de la comunidad” (ídem)²⁰.

Siguiendo esta línea argumentativa, podría haber un “pueblo” en la medida en que el mismo reclame para sí la totalidad de la comunidad que pretende representar. Esto sería posible siempre y cuando puedan articularse las demandas de los distintos sectores de la sociedad en una “cadena equivalencial”, proceso que requiere dejar de lado las particularidades y especificidades de las demandas de estos sectores para poder ser aglutinadas en un todo que les sea común. Esto puede darse cuando un el malestar específico de numerosos grupos hacia un sistema político en particular es canalizado a través de una demanda global que reclama el cambio social y político, es decir, que no importa el contenido específico de las demandas de estos grupos, todos coincidirían en esta exigencia.

CONCLUSIÓN

Tal como se afirmó al inicio de este artículo, el fenómeno *populista* ha estado cargado de polémicas e intensos debates a la hora de pretender su definición y caracterización. Por esta razón, el principal objetivo de este trabajo ha sido darle claridad al concepto del *populismo* partiendo de una definición esencial del mismo, que descarte

comunidad ideal sea el *narodniki* ruso de finales del siglo XIX. Para esto se recomienda ver los argumentos planteados por Walicki (1970).

20 Sobre los términos *plebs* y *populus*, Laclau (2005) ha señalado que el “pueblo” puede entenderse como *populus*, entendido como el cuerpo de todos los ciudadanos, o como *plebs*, siendo éstos los menos privilegiados de la sociedad.

todos aquellos elementos que coadyuvan a su ductilidad y al uso indiscriminado para etiquetar casi cualquier fenómeno social y político que apele al “pueblo” como su principal unidad referencial.

En este sentido, lo primero que debe descartarse es la variable temporal, es decir, buscar una conceptualización del fenómeno teniendo presente los momentos históricos en los que éste apareció en distintos lugares de América Latina y Europa. Como se demostró en páginas anteriores, esto llevaría a ubicar al populismo en distintos lugares del continuo ideológico, etiquetando al mismo como de derecha o izquierda considerando básicamente el tipo de políticas económicas que impulsaron estos movimientos a partir del momento que conquistaron el poder.

Por esta razón, se plantea la necesidad de conceptualizar al populismo como un fenómeno eminentemente político, que sigue una lógica específica que apunta a la construcción de nuevos referentes identitarios en el que puedan verse incluidos un amplio y variopinto sector de la sociedad que pueda ser incluido en una categoría como la de “pueblo”.

Así pues, se consideran acertadas las aproximaciones trabajadas por Weyland (2001), Aboy Carlés (2001), Taggart (2000), Novaro (1996), entre otros, donde señalan que la esencia del populismo se centra en el establecimiento de relaciones directas o cuasidirectas -con poca mediación institucional- entre el líder y sus seguidores que apuntan a la creación de nuevas identidades sociales y políticas para diversos grupos y sectores de la sociedad que puedan sentirse excluidos del *statu quo* u orden establecido. Por esta razón, Laclau (2005) afirma que la tarea principal del populismo se aboca a la construcción del “pueblo” a través de la equivalencia de demandas particulares -democráticas según el autor- apoyándose en una unidad referencial que tienda a la vaciedad para poder así consolidarlas en demandas agregadas o comunes -populares para Laclau.

De esta forma puede darse una definición esencial del populismo entendiéndolo como un movimiento social y político que establece relaciones con poca mediación institucional entre un líder y sus seguidores. Esta relación se mantendría en el tiempo en la medida en que el líder apele a la articulación de un discurso que coadyuve en la creación o consolidación de unos referentes identitarios básicos que promuevan la cohesión de una heterogeneidad social en un referente que les sea común, que en este caso vendría a ser el “pueblo”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ABOY CARLÉS, Gerardo (2001). *Repensando el populismo*. CONICET, Departamento de Política y Gobierno, Universidad Nacional de General San Martín.

- Ponencia preparada para el XXIII Congreso Internacional Latin America Studies Association, pp. 1-42.
- BETZ, Hans-Georg (1994). *Radical right-wing populism in Western Europe*. New York, Macmillan Press.
- CANOVAN, Margaret (2004). *Populism for political theorists?* Journal of Political Ideologies, October, 9(3), pp. 241-252.
- CANOVAN, Margaret (2005). *The people*. Key Concepts, Polity Press, Cambridge, pp. 158.
- CARDOSO, Eliana y Ann HELWEGE (1992). *El populismo, el despilfarro y la redistribución*. En: DORNSBUSCH, Rudiger y Sebastián EDWARDS (comps.) (1992). *Macroeconomía del populismo*. México, Fondo de Cultura Económica, pp. 58-87.
- CASTAÑEDA, Jorge (2006). *Latin America's left turn*. Foreign Affaire, May-June, en: <http://www.foreignaffairs.org/20060501faessay85302/jorge-g-castaneda/latin-america-s-left-turn.html>, con acceso el 23 de septiembre de 2007.
- CONNIFF, Michael (2003). *Neo-populismo en América Latina. La década de los 90 y después*. Revista de Ciencia Política, Vol. XXIII, N°1, pp. 21-38.
- Di TELLA, Torcuato (1973). *Populismo y reformismo*. En: GERMANI, Gino, Di TELLA, Torcuato y Octavio IANNI. *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. México, Ediciones Era, pp. 38-82.
- DORNBUSCH, Rudiger y Sebastián EDWARDS (1992). *La macroeconomía del populismo*. En: DORNSBUSCH, Rudiger y Sebastián EDWARDS (comps.) (1992). *Macroeconomía del populismo*. México, Fondo de Cultura Económica, pp. 15-23.
- DRAKE, Paul (1992). Comentarios al artículo de Robert Kaufman y Barbara Stallings: *El populismo en perspectiva*. En: DORNSBUSCH, Rudiger y Sebastián EDWARDS (comps.) (1992). *Macroeconomía del populismo*. México, Fondo de Cultura Económica, pp. 47-53.
- ELLNER, Steve (2004). *Hugo Chávez y Alberto Fujimori: análisis comparativo de dos variantes de populismo*. Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales, Vol. 10, N°1, enero-abril, pp. 13-37.
- GERMANI, Gino (1978). *Authoritarianism, Fascism and National Populism*. New Brunswick, New Jersey, Transaction Books.
- GUEVARA, Pedro (1997). *Estado vs. Democracia*. UCV, Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, Caracas.
- IONESCU, Ghita y GELLNER, Ernest (comps.) (1970). *Populismo. Sus significados y características nacionales*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- KAUFMAN, Robert y Barbara STALLINGS (1992). *La economía política del populismo latinoamericano*. En: DORNSBUSCH, Rudiger y Sebastián EDWARDS (comps.) (1992). *Macroeconomía del populismo*. Fondo de Cultura Económica, México. pp. 24-46.

- KOENEKE, Herbert (2003). *Populismo y neopopulismo en Perú y Venezuela*. VenE-conomía Mensual, Julio, pp. 9-12.
- LACLAU, Ernesto (2005). *La razón populista*. México, Fondo de Cultura Económica.
- LACLAU, Ernesto (2006). *La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana*. Nueva Sociedad, N° 205, sep-oct, pp. 56-61.
- MALLOY, James (1977). *Authoritarianism and corporatism in Latin America: the modal pattern*. En: MALLOY, James (ed.) *Authoritarianism and corporatism in Latin America*. United States of America, University of Pittsburgh Press, pp. 3-19.
- MARCH, Luke (2007). *From vanguard of the proletariat to vox populi: left populism as a "shadow" of contemporary socialism*. SAIS Review, Vol. XXVII, N° 1, Winter-Spring, pp. 63-77.
- MAYORGA, René (s/f). *Antipolítica y neopopulismo en América Latina*. En: <http://www.chasque.apc.org/frontpage/relacion/anteriores/9710/antipoliti.html>, consultado el 29 de marzo de 2006.
- NUN, José (1998). *Populismo, Representación y Menemismo*. En: BURBANO DE LARA, Felipe (ed.). *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual*. Caracas, Nueva Sociedad, pp. 49-79.
- O'DONNELL, Guillermo (2009). *Democracia delegativa*. Journal of Democracy en Español, Vol. 1, Julio, pp. 7-23.
- PANIZZA, Francisco (2000). *New wine in old bottles? Old and new populism in Latin America*. Bulletin of Latin America Research, 19, pp. 145-147.
- PETKOFF, Teodoro (2005). *Dos izquierdas*. Caracas, Alfadil Ediciones.
- REY, Juan Carlos (1998). *Ideología y cultura política: el caso del populismo latinoamericano*, en: *Problemas sociopolíticos de América Latina*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, pp. 101-151.
- ROBERTS, Kenneth (2007). *Latin America populism's revival*. SAIS Review, Vol. XXVII, N° 1, Winter-Spring, pp. 3-15.
- TAGGART, Paul (2000). *Populism*. Buckingham, Open University Press.
- WALICKI, Andrzej (1970). *Rusia*. En: IONESCU, Ghita y GELLNER, Ernest (comp). *Populismo. Sus significados y características nacionales*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, pp. 81-120.
- WEYLAND, Kurt (1996). *Neopopulism and neoliberalism in Latin America: unexpected affinities*. Studies in Comparative International Development, Fall, Vol. 31, N° 3, pp. 3-31.
- WEYLAND, Kurt (1999). *Populism in the age of neoliberalism*. En: CONNIFF, Michael (ed.). *Populism in Latin America*. University of Alabama Press, Alabama, pp. 172-190.
- WEYLAND, Kurt (2001). *Clarifying a contested concept: populism in the study of Latin America Politics*. Comparative politics, October, pp. 1-22.